

PQ 2169

.P6

863



ES PROPIEDAD

PETRILLA

36803

# PETRILLA

---

## Á LA SEÑORITA ANA DE HANSKA

Querida niña: Á usted, que es la alegría de toda una casa, á usted, cuya esclavina blanca ó rosácea ondea en verano por los bosqueillos de Wurzhownia, cual fuego fatuo que sus padres siguen con apasionadas miradas, cómo voy á dedicarle una historia llena de melancolía? ¿No es acaso necesario hablarle de desdichas que una joven, adorada como usted lo es, no ha de conocer nunca? pues sus hermosas manos podrán un día evitarlas. Ana, es tan difícil encontrar, en la historia de nuestras costumbres, una aventura digna de ser leída por usted, que el autor no sabía á cuál dar la preferencia; pero sin duda comprenderá cuán feliz es usted leyendo la que le dedica

Su viejo amigo,

DE BALZAC.

---

En octubre de 1827, al rayar el alba, un joven de unos diez y seis años, cuyo porte anunciaba lo que la fraseología moderna llama insolentemente un proletario, se detuvo en una plazoleta que se encuentra en el Provins bajo. Lo matutino de la hora le permitió examinar sin ser observado las diferentes casas situadas en aquella plaza que forma un cuadrilongo. Los molinos que tienen su asiento sobre los ríos de Provins trabajaban ya. Su ruido, repetido por los ecos de la villa alta, en armonía con el aire fresco y con las alegres claridades de la mañana, ponía de relieve la profundidad del silencio, que permitía oír en la carretera las ruedas de una diligencia á más de uná legua de distancia. Las dos manzanas más largas de casas, separadas por una espesura de tilos, son de construcción sencilla que revela la vida apacible y monótona de sus habitantes. En aquel lugar no hay huella alguna de comercio, ni se

ven apenas las enormes puertas cocheras de las gentes ricas; y si hay alguna, gira rara vez sobre sus goznes, á excepción de la del señor Martener, médico obligado á tener un cabriolé y á servirse de él. Algunas fachadas están adornadas de sendas parras, y otras de rosales de elevado tallo que llegan hasta el primer piso, perfumando sus ventanas con los gratos olores de sus abundantes capullos. Uno de los extremos de esta plaza llega casi hasta la calle mayor de la villa baja, y el otro va á desembocar á una calle paralela á aquella calle mayor, cuyos jardines y huertas circundan uno de los dos ríos que riegan el valle de Provins.

En este último extremo, que es el más tranquilo de la plaza, el joven obrero reconoció la casa que le habían indicado: una fachada de piedra blanca surcada por líneas blancas, para simular mampostería, y unos balcones provistos de barandillas de hierro y cerrados á la sazón con persianas grises. Encima de esta fachada, que sólo consta de bajos y un primer piso, tres claraboyas de buhardilla perforan un tejado de pizarra, sobre una de cuyas aristas gira una veleta nueva. Esta moderna veleta representa á un cazador en actitud de tirar á una liebre. Tres escalones dan acceso á la puerta principal de entrada. A un lado de la puerta, el extremo de un tubo de plomo vomita las aguas de la fregadera sobre un pequeño reguero y anuncia la presencia de la cocina; al otro lado, dos ventanas cuidadosamente cerradas con contraventanas grises, cuyos ventiladores dejaban pasar un poco de claridad, le parecieron ser las del comedor. En la parte comprendida entre el suelo y la elevación que los tres escalones daban á la puerta, y debajo de cada ventana, veíanse los tragaluces de las bodegas, cerrados con puertecitas de hierro batido pretenciosamente perforadas. Todo en aquella casa era á la sazón nuevo, y en aquel edificio restaurado cuyo lujo, fresco aún, contrastaba con el viejo exterior de todas las demás, un observador hubiese adivinado en el acto las ideas mezquinas y el perfecto contento del pequeño comerciante retirado. El joven miró estos detalles con una expresión mez-

clada de placer y de tristeza: sus miradas iban de la cocina á las buhardillas con un movimiento que denotaba deliberación. Los resplandores rosáceos del sol permitieron ver en una de las ventanas de la buhardilla una cortina de indiana de que carecían las demás claraboyas. El joven denotó entonces en su fisonomía una completa alegría, y reculando algunos pasos, apoyóse contra un tilo y cantó, con el tono arrebatador propio de las gentes del Oeste, esta romanza bretona publicada por Bruguiere, compositor á quien debemos encantadoras melodías. En Bretaña, los jóvenes de las aldeas acuden á saludar con este canto á las recién casadas el día de sus bodas:

Corriendo venimos,  
con canto amoroso,  
á felicitarles  
á usted y á su esposo.

Acaban de unirla,  
señora casada,  
con lazos que sólo  
la muerte desata.

Adiós, pues, los juegos,  
y á cuidar la casa;  
adiós, pues, las danzas  
que á nos nos aguardan.

¡Qué amor tan inmenso  
debéis al marido!  
¡Cuán fiel debéis serle!  
¿Lo habéis comprendido?

Mi mano os ofrece  
un ramo de flores,  
que simbolo es ¡ay!  
de vanos honores.

Esta música nacional, tan deliciosa como la adaptada por Chateaubriand al *Hermana mía, ¿te acuerdas aún?* cantada en medio de un pueblecito de la Brie champañesa, describe tan fielmente las costumbres, la sinceridad y los hermosos pasajes de aquel antiguo y noble país, que había

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de ser objeto de imperiosos recuerdos para una bretona, pues reina allí no sé qué melancolía producida por el aspecto de la vida real, que conmueve profundamente. Éste poder de despertar un mundo de cosas graves, gratas y tristes mediante un ritmo familiar y alegre á veces, ¿no es el carácter distintivo de esos cantos populares que son las supersticiones de la música, si se quiere aceptar la palabra superstición como significativa de todo lo que queda después de la ruina de los pueblos sobrenadando sobre sus revoluciones?

Al acabar la primera estrofa, el obrero, que no cesaba de mirar la cortina de la buhardilla, no vió en ella movimiento alguno. Mientras cantaba la segunda, la indiana fué agitada; y, cuando pronunciaba las palabras: «un ramo de flores», la figura de una joven apareció tras la cortina. Una mano blanca abrió con precaución la ventana, y la joven saludó con un movimiento de cabeza al viajero en el momento en que éste acababa el pensamiento melancólico expresado por estos sencillos versos:

¡Que símbolo es ¡ay!  
de vanos honores.

El obrero mostró de pronto una flor de aulaga sacándola de debajo de su chaqueta, flor de color amarillo de oro muy común en Bretaña, y que, sin duda, habría encontrado casualmente en los campos de Brie, donde es rara.

—¡Cómo! ¿es usted, Brigaut?—dijo en voz baja la joven.

—Sí, Petrilla, sí. Estoy en París y he dado una vuelta por Francia; pero estando usted en este país, soy capaz de establecerme en él.

En este momento, la falleba del balcón del cuarto del primer piso, situado debajo del de Petrilla, chirrió. La bretona manifestó vivo temor, y dijo á Brigaut:

—Váyase.

El obrero saltó como una rana asustada hacia el recodo que un molino obliga á hacer á aquella calle que va á desembocar en la calle mayor, arteria de la villa baja;

pero, á pesar de su presteza, sus zapatos herrados, resonando sobre el pavimento de Provins, produjeron un sonido fácil de distinguir de la música del molino, y que pudo ser oído por la persona que abría el balcón.

Esta persona era una mujer. Ningún hombre abandona las dulzuras del sueño matinal para escuchar á un trovador con chaqueta. La mujer soltera es la única que despierta ante un canto de amor, y aquella mujer no sólo era soltera, sino solterona. Cuando hubo abierto las persianas con gesto de murciélago, miró en todas direcciones y sólo pudo oír vagamente los fugitivos pasos de Brigaut. ¿Hay nada más horrible que la aparición matutina en la ventana de una solterona fea? De todos los espectáculos grotescos que constituyen las delicias de los viajeros cuando atraviesan los pueblecitos, ¿no es este el más desagradable? La cosa es demasiado triste y repulsiva para causar risa. Aquella solterona, siempre alerta, se presentaba despojada de los artificios de todo género que empleaba para embellecerse: no llevaba ni su moño postizo ni su gorguera, y vestía únicamente esa horrible bata de tafetán negro con la que las jamonas se envuelven el occipucio, y que cubría en parte su gorro de dormir, un tanto levantado por los movimientos del sueño. Este desorden comunicaba á aquella cara el aire amenazador que los pintores atribuyen á las brujas. Las sienas, las orejas y la nuca, un poco descubiertas, dejaban ver su carácter árido y seco; sus ásperas arrugas llamaban la atención por sus tonos rojizos poco agradables á la vista y que hacían resaltar el color casi blanco de la almilla atada al cuello con cordones. Las aberturas de esta almilla permitían ver, á intervalos, un pecho comparable al de una aldeana vieja que se preocupase poco de su fealdad. Su brazo descarnado hacía el efecto de un palo vestido. Vista en el balcón, esta señorita parecía grande á causa de la fuerza y la extensión de su rostro, que recordaba el tamaño inaudito de ciertos rostros suizos. Su fisonomía, cuyos rasgos pecaban por falta de armonía, tenía por principal carácter la sequedad de las líneas, la acritud de los tonos y una insensibilidad en el fondo que

hubiese sorprendido desagradablemente á cualquier fisionomista. Estas expresiones visibles en este momento se modificaban ordinariamente por una especie de sonrisa comercial, por una estupidez que se parecía tanto á la candidez, que las personas con quienes vivía esta señorita podían tomarla fácilmente por una buena persona. La solterona poseía aquella casa *pro indiviso* con su hermano, el cual dormía tan tranquilamente en su cuarto, que la orquesta de la Ópera no lo hubiese despertado, sin embargo de ser tan célebre el diapason de esta orquesta. La vieja célibe asomó su cabeza por la ventana, levantó hacia la buhardilla sus ojillos de azul pálido y frío y de pestañas cortas plantadas en párpados hinchados casi siempre por el borde, é intentó ver á Petrilla; pero, después de haber reconocido la inutilidad de su maniobra, se internó en su cuarto haciendo un movimiento semejante al de la tortuga que oculta la cabeza después de haberla sacado de su caparazón. Las persianas se cerraron, y el silencio de la plaza sólo fué turbado por el ruido de los pasos de los aldeanos ó de las personas madrugadoras. Cuando hay una solterona en una casa, los perros guardianes son inútiles: no pasa en ella el menor acontecimiento sin que lo vea, comente y saque de él todas las consecuencias posibles. Así es que esta circunstancia iba á dar materia para graves hipótesis y á abrir uno de esos dramas oscuros que pasan en familia, y que, por permanecer ocultos, no son menos terribles, si es que se nos permite aplicar la palabra drama á esta escena familiar.

Petrilla no volvió á acostarse. La llegada de Brigaut era para ella un inmenso acontecimiento. Durante la noche, que es el edén de los desgraciados, la joven evitaba las molestias y los aburrimientos que tenía que soportar durante el día. Semejante á esos seres de no sé qué balada alemana ó rusa, el sueño le parecía una vida feliz, y el día era para ella un mal sueño. En tres años, aquel era el único despertar agradable que había tenido. Los recuerdos de su infancia habían cantado melodiosamente sus poesías en su alma. La primera estrofa la había oído en

sueño, la segunda le hizo despertar sobresaltada, y la tercera le hizo dudar los desgraciados son de la escuela de santo Tomás. A la cuarta estrofa, Petrilla, llegada en camisa y descalza á la ventana, había reconocido á Brigaut, á su amigo de la infancia. ¡Ah! aquella era indudablemente su chaqueta corta de paño azul, clásica en Bretaña, y cuyos botones se abren á la altura de las caderas, su chaleco de algodón, su camisa de tosca tela, sus anillos en las orejas, sus gruesos zapatos y su pantalón de tela azul, en una palabra, todas aquellas cosas humildes y fuertes que constituyen el traje de un bretón pobre. Los grandes botones de cuerno del chaleco y de la chaqueta hicieron latir el corazón de Petrilla. Al ver la flor de aulaga, sus ojos se llenaron de lágrimas, é inmediatamente un horrible temor comprimió el goce que los recuerdos de su infancia despertaban en su alma. Pensó que su prima había podido verle y ponerse á la ventana; adivinó á la solterona, é hizo aquel signo de espanto al que el pobre bretón se había apresurado á obedecer, sin embargo de no haberlo comprendido. Aquella sumisión instintiva no denota uno de esos afectos inocentes y absolutos, como existen de siglo en siglo en esta tierra, donde florecen, como el áloe en *Isola bella*, dos ó tres veces en cien años? El que hubiese visto á Brigaut escapándose, hubiera adivinado el heroísmo más sencillo del más sencillo sentimiento. Jacobo Brigaut era digno de Petrilla Lorrain, que iba á cumplir los catorce años: ¡eran dos niños! Al verle levantar el pie con el espanto que su gesto le comunicaba, Petrilla no pudo menos de llorar, y fué en seguida á sentarse en un mal sofá, enfrente de una mesita, sobre la cual había un espejo. Allí apoyó los codos sobre la mesa, se puso la cabeza entre las manos y permaneció pensativa por espacio de una hora, ocupada en recordar el Marais, la aldea de Pen-Hoel, los peligrosos viajes emprendidos por un estanque en un botecito desatado para ella por Jacobo y, además, las arrugadas caras de su abuelo y de su abuela, el dolorido rostro de su madre y el hermoso del mayor Brigaut, en una palabra, toda una infancia sin cui-

dados ni penas. Aquello fué un sueño más: alegrías luminosas sobre un fondo gris. Petrilla tenía en desorden sus hermosos cabellos cenicientos bajo un gorrito arrugado durante el sueño, gorrito de algodón que ella misma se había hecho. De ambos lados de sus sienes saltan algunos rizos escapados de sus papelitos de color gris. De la parte posterior de su cabeza pendía una gran trenza aplastada. La excesiva blancura de su cara denotaba la existencia de esas horribles enfermedades de jóvenes á las que la medicina ha dado el gracioso nombre de *clorosis*, y que priva al cuerpo de sus colores naturales, turbando el apetito y anunciándose con grandes desórdenes en el organismo. Ese color de cera se veía en toda su encarnación. El cuello y los hombros explicaban, por su palidez de hierba ajada, la delgadez de sus brazos echados hacia adelante y cruzados. Los pies de Petrilla parecían ablandados y debilitados por la enfermedad. La camisa no le llegaba más que á media pierna, y dejaba ver unos nervios fatigados, unas venas azuladas y una naturaleza, en fin, pobre y raquítica. El poco frío que cogió por levantarse desnuda bastó para poner sus labios violáceos. La triste sonrisa que contrajo su boca delicada bastó para dejar ver unos dientes menuditos y de fino marfil, unos dientes transparentes que armonizaban con sus orejas finas, con su nariz un poco puntiaguda, pero elegante, y con el corte de su cara, la cual, á pesar de su perfecta redondez, era muy linda. Toda la animación de aquel rostro encantador se encontraba en unos ojos cuyo iris color tabaco de España, salpicado de puntitos negros, brillaba con reflejos de oro en torno de una pupila llena de movimiento y de vida. Petrilla debió haber sido alegre; mas estaba triste. Su alegría perdida existía aún en la vivacidad de contornos de sus ojos, en la gracia ingenua de su frente y en la forma de su barba. Sus largas pestañas se dibujaban como pinceles sobre sus mejillas alteradas por el sufrimiento. El tono blanco, prodigado con exceso, hacía, por otra parte, más puros los detalles de sus líneas y de sus facciones. Cada oreja suya era una verdadera obrera de arte es-

cultórica: si la hubieseis visto, la habríais creído de mármol. Petrilla sufría de muchas maneras; de modo que, sin duda, querréis saber su historia, ¿verdad? Pues aquí la tenéis.

La madre de Petrilla era una señorita de Auffray, de Provins, hermana consanguínea de la señora Rogrón, madre de los dueños actuales de aquella casa.

El señor de Auffray, que se casó á los diez y ocho años, contrajo segundas nupcias á los sesenta y nueve. De su primer matrimonio tuvo una hija única, bastante fea, que se casó á los diez y seis años con un posadero de Provins llamado Rogrón.

De su segundo matrimonio, el honrado Auffray tuvo aún otra hija, pero esta fué encantadora; de modo que, por una extraña casualidad, existía una enorme diferencia de edad entre las dos hijas del señor de Auffray: la del primer matrimonio tenía cincuenta años cuando la del segundo nacía. Cuando su anciano padre le daba una hermana á la señora Rogrón, ésta tenía ya dos hijos mayores.

A los diez y ocho años, la hija del enamoradizo anciano se casó, siguiendo su inclinación, con un oficial bretón llamado Lorrain, capitán de la guardia imperial. El amor hace á veces ambiciosa á la gente. El capitán, que quiso llegar pronto á coronel, pidió pasar á campaña, y mientras que el jefe de batallón y su mujer, bastante felices con la pensión que les habían señalado los señores de Auffray, brillaban en París, ó corrían por Alemania á merced de las batallas ó de las paces imperiales, el anciano Auffray, antiguo abacero de provincias, murió á los ochenta y ocho años, sin haber tenido tiempo de hacer ninguna disposición testamentaria. La herencia del anciano fué tan bien manejada por el antiguo posadero y por su mujer, que éstos absorbieron su mayor parte, y no dejaron á la viuda del honrado Auffray nada más que la casa del difunto, situada en la plazuela, y algunas fanegas de tierra. Aquella viuda, madre de la señora Lorrain, sólo tenía treinta y ocho años cuando murió su marido. Como mu-

chas viudas, tuvo la malsana idea de volver á casarse, y á fin de poder hacerlo con un joven médico llamado Neraud, que le devoró su fortuna, vendió á su hijastra Rogrón las tierras y la casa que había obtenido en virtud de su contrato matrimonial, muriendo dos años después de pena y en la mayor miseria.

La parte que hubiera podido tocar á la señora Lorrain en la herencia Auffray desapareció, pues, en gran parte, y quedó reducida á unos ocho mil francos. El mayor Lorrain murió en el campo de batalla en Montereau, dejando á su viuda cargada á los ventiún años con una hija de catorce meses y sin más fortuna que la pensión á que tenía derecho y la futura herencia de los señores Lorrain, comerciantes de Pen-Hoel, aldea vendeana situada en el país llamado el Marais. Estos Lorrain, padre y madre del oficial muerto, abuelo y abuela paternos de Petrilla Lorrain, vendían madera para construcciones, pizarra, tejas, cañerías, etc., y su comercio, ya por incapacidad, ó ya por desgracia, iba muy mal y les daba apenas lo suficiente para vivir. La quiebra de la célebre casa Colinet de Nantes, causada por los acontecimientos de 1814, que produjeron una baja repentina en los productos coloniales, acababa de privarles de veinticuatro mil francos que habían depositado en ella. Así es que su nuera fué bien recibida. La viuda del mayor aportaba una pensión de ochocientos francos, suma enorme en Pen-Hoel. Los ocho mil francos que su cuñado y su hermana Rogrón le enviaron después de mil formalidades exigidas por la distancia, los confió ella á los Lorrain, mediante la hipoteca de una casa que éstos poseían en Nantes, alquilada en cien escudos y que apenas valía diez mil francos.

La señora Lorrain, la joven, murió tres años después del segundo y fatal matrimonio de su madre, en 1819, es decir, casi al mismo tiempo que ella. La hija del anciano Auffray y de su joven esposa era pequeña, débil y raquítica, y el aire húmedo del Marais no le probó. La familia de su marido la persuadió, para conservarla á su lado, de que en ningún lugar del mundo encontraría país más sano

y más agradable que el Marais, testigo de las hazañas de Charette, y ella se vió tan acariciada, cuidada y mimada, que su muerte honró grandemente á los Lorrain. Algunas personas pretenden que Brigaut, un antiguo vendeano, uno de esos hombres que habían servido á las órdenes de Charette, de Mercier, del marqués de Montaurán y del barón de Guenic en las guerras contra la República, había influido en mucho en la resignación de la joven viuda de Lorrain. Si esto fuera cierto, sería seguramente prueba de que poseía un alma amante y abnegada. Por otra parte, todo Pen-Hoel veía á Brigaut, nombrado respetuosamente el *mayor*, grado que había obtenido en los ejércitos católicos, pasando los días y las noches en la sala, al lado de la viuda del mayor imperial. Ultimamente, el cura de Pen-Hoel se había permitido hacer algunas observaciones á la anciana señora Lorrain, y le había rogado que decidiese á su nuera á casarse con Brigaut, prometiendo nombrar al mayor juez de paz del distrito de Pen-Hoel, mediante la influencia del vizconde de Kergarouet. Pero la muerte de la pobre joven hizo inútil esta proposición.

Petrilla permaneció en casa de sus abuelos, que le debían cuatrocientos francos anuales de intereses, los cuales fueron aplicados, como es natural, á su manutención. Estos ancianos, menos aptos cada vez para el comercio, tuvieron un competidor activo é ingenioso, contra el cual decían mil injurias sin procurar defenderse. El mayor, su consejero y amigo, murió seis meses después que su amiga, sin duda de dolor y de resultas de sus heridas, que alcanzaron el número de veintisiete. Como buen comerciante, el mal vecino quiso arruinar á sus adversarios, á fin de evitar toda competencia, y al efecto, previendo que los Lorrain no podrían salir del atolladero, hizo que un testafarro les prestase dinero y les obligó á hacer quiebra en sus últimos días. La hipoteca de Petrilla tuvo prioridad sobre la hipoteca legal de su abuela, la cual no renunció á sus derechos, á fin de conservar un pedazo de pan á su marido. La casa de Nantes fué vendida en nueve mil quinientos francos, pero hubo mil quinientos de gastos. Los

ocho mil restantes pasaron á manos de la señora Lorrain, la cual los colocó en una hipoteca á fin de poder vivir en Nantes en una especie de convento semejante al de Santa Derina de París, denominado de San Jacobo, donde estos dos ancianos tuvieron comida y cama mediante una módica pensión. En la imposibilidad de conservar á su lado á su nieta arruinada, los ancianos Lorrain se acordaron de sus tíos Rogrón, y les escribieron. Los Rogrón de Provins habían muerto, y la carta de los Lorrain á los Rogrón debía considerarse perdida; pero si algo aquí abajo puede suplir á la Providencia, no es la administración de correos. El espíritu de correos, incomparablemente superior al espíritu público, excede en invenciones al talento de los más hábiles novelistas. Cuando la administración de correos posee una carta que le vale de quince á cincuenta céntimos, sin encontrar inmediatamente á aquel ó á aquella á quien debe ser entregada, desarrolla una solicitud financiera comparable únicamente á la de los acreedores más intrépidos. El correo va, viene y escudriña los ochenta y seis departamentos. Las dificultades sólo sirven para excitar el amor propio de los empleados, que son las más de las veces gente instruída, y que buscando las huellas del desconocido con el ardor de los matemáticos del Instituto Geográfico, ojean todo el reino de un extremo á otro. Al menor rayo de esperanza, las oficinas de París vuelven á ponerse en movimiento, y ocurre á veces que queda un estupefacto al ver los garrapatos que llenan el frente y el dorso de la carta, y que constituyen los gloriosos testimonios de la persistencia administrativa con que el correo se ha movido. Si un hombre emprendiese lo que la administración de correos acaba de efectuar, perdería diez mil francos en viajes, tiempo y dinero para recobrar sesenta céntimos. Esta administración tiene indudablemente más talento del que se le atribuye. La carta de los Lorrain, dirigida al señor Rogrón de Provins, fallecido hacía un año fué enviada por el correo al señor Rogrón hijo, mercero habitante en la calle de Saint-Denis en París. En esta demuestra su talento el servicio postal. Un heredero está

siempre más ó menos atormentado por saber si ha recogido toda la herencia y si ha olvidado algún acreedor ó algún guiñapo. El fisco lo adivina todo, hasta los caracteres. Una carta dirigida al anciano Rogron de Provins muerto, debía picar la curiosidad de Rogron hijo, en París, ó de la señorita Rogrón, su hermana, que eran sus únicos herederos. De modo que el fisco obtuvo sus sesenta céntimos.

Los Rogrón, hacia los cuales dirigían sus manos suplicantes los ancianos Lorrain, desesperados ante la idea de separarse de su nieta, debían ser, pues, los árbitros del destino de Petrilla Lorrain. En su consecuencia, se hace indispensable explicar sus antecedentes y su carácter.

El padre Rogrón, aquel posadero de Provins que se había casado con la hija habida por Auffray en su primer matrimonio, era un personaje de cara hinchada y nariz venosa, en cuyas mejillas había impreso Baco sus rojizos y bulbosos pámpanos. Aunque era gordo, pequeño, barrigudo, de piernas cortas y de gruesas manos, estaba dotado de la finura de los posaderos suizos, á los cuales se parecía. Su cara representaba vagamente un vasto viñado devastado por el granizo. Ciertamente que no era guapo; pero hemos de advertir que su mujer se le parecía. Jamás matrimonio alguno hizo mejor pareja. Rogrón amaba la buena vida, gustaba de ser servido por bonitas jóvenes y pertenecía á la secta de los egoístas cuyo aspecto es brutal, que se entregan á sus vicios y que hacen su gusto por encima de todo. Ávido, interesado y poco delicado, dióse todos los gustos y comióse las ganancias hasta el día en que le faltaron los dientes. Viejo ya, de sus vicios sólo le quedó la avaricia. En su ancianidad, vendió su posada, amontonó, como se ha visto, casi toda la herencia de su suegro, y se retiró á la casita de la plaza, comprada por un pedazo de pan á la viuda de Auffray, abuela de Petrilla. Rogrón y su mujer poseían unos dos mil francos de renta, producto del arrendamiento de veintisiete piezas de tierra, situadas en torno de Provins, y de los intereses del precio de su posada, vendida en veinte mil francos. La casa del honrado Auffray,

aunque en muy mal estado, fué habitada cual estaba por aquellos antiguos posaderos, que se guardaron como de la peste de tocar en ella: las ratas viejas gustan de las grietas y de las ruinas. El antiguo posadero, que tomó afición á la jardinería, empleó sus economías en el aumento de la huerta; la prolongó hasta orillas del río é hizo de ella un cuadrilongo encajado entre dos paredes y terminado por un empedrado, donde la naturaleza acuática, abandonada á sí misma, desplegaba las riquezas de su flora. En los primeros años de su matrimonio, estos Rogrón tuvieron, en el intervalo de dos años, un hijo y una hija, y como todo degenera, estos hijos fueron horrorosos. Entregados á una nodriza campesina de poco precio, aquellos desgraciados muchachos volvieron al hogar paterno con la horrible educación de la aldea, después de haber gritado y llorado mucho por los pechos de su nodriza, que se iba al campo y que, mientras estaba fuera, los encerraba en uno de esos cuartos oscuros, húmedos y bajos que sirven de habitación al aldeano francés. Con tal crianza, las facciones de estos muchachos se afearon aún más y su voz se alteró halagando tan poco el amor propio de la madre, que ésta intentó corregir sus malas costumbres mediante un rigor que el del padre convertía en ternura. Les dejaban corretear por los patios, cuerdas y dependencias de la posada ó trotar por el pueblo; les azotaban algunas veces, y los enviaban otras á casa de su abuelo Auffray, que les quería muy poco. Esta injusticia fué una de las razones que animaron á los Rogrón á tomar la mayor parte que pudieran de la herencia de aquel *viejo malvado*. No obstante Rogrón envió á su hijo á la escuela, le compró un hombre para librarle de la quinta, y cuando su hija Silvia tuvo trece años, la envió á París á una casa de comercio, en calidad de aprendiz. Dos años después expidió por la misma vía á su hijo Jerónimo Dionisio. Cuando sus amigos, sus compadres los carreteros ó los concurrentes á su casa, le preguntaban lo que pensaba hacer de sus hijos, el padre Rogrón explicaba su sistema con una brevedad que tenía el mérito de la franqueza sobre el de la mayor parte de

los padres, y respondía, bebiendo ó enjugándose los labios con el dorso de la mano:

—Cuando estén en edad de comprenderme, les daré un puntapié (ya sabéis dónde), diciéndoles: «Iros á hacer fortuna».

Después miraba á su interlocutor guiñando los ojos con aire astuto, y añadía:

—¡Eh! ¡qué diablo! son tan listos como yo. Mi padre me dió á mí tres puntapiés, y yo no les daré más que uno; él me puso un luis en la mano, y yo les pondré á ellos dos: así que serán más felices que yo. Este es el mejor modo de proceder. Muerto yo, lo que quede quedará, y ya sabrán los notarios encontrárselo. ¡Estaría bueno que se molestase uno por los hijos!... Los míos me deben la vida, y yo los he alimentado y no les debo nada. Conque me parece que no están en paz, ¿verdad, vecino? Empecé siendo carretero, y eso no fué obstáculo para que me casara con la hija de ese viejo malvado padre Auffray.

Silvia Rogrón fué enviada á París en calidad de aprendiz, mediante el pago de cien escudos, á casa de unos negociantes nacidos en Provins y habitantes en la calle de Saint-Denis. Dos años después de su llegada, la mantenían y la vestían, y si no ganaba nada, al menos sus padres no pagaban por su alimentación y hospedaje. Dos años después, durante los cuales le envió su madre cien francos para sus gastos, Silvia tuvo cien escudos de sueldo; así es que desde la edad de diez y nueve años la señorita Silvia Rogrón disfrutó de independencia. A los veinte años, era la segunda dependiente de la casa Julliard, comerciante en seda, dueño del *Gusano chino*, situado en la calle de Saint-Denis. La historia del hermano fué en un todo igual á la de la hermana. El pequeño Jerónimo Dionisio Rogrón entró en casa de uno de los mejores merceros de la calle de Saint-Denis, ó sea en *Las tres ruecas*, propiedad del señor Guepin. Si á los veintiún años era Silvia la primera dependiente, con mil francos de sueldo, Jerónimo Dionisio, más favorecido por las circunstancias, era á los diez y ocho primer dependiente, con mil doscientos francos, en casa de

los Guepin, naturales también de Provins. Los dos hermanos se veían todos los domingos y días de fiesta, los cuales pasaban en diversiones económicas ó comiendo fuera de París y haciendo excursiones á Saint-Cloud, Meudon, Belleville y Vincennes. A fines del año 1815, los dos hermanos reunieron sus capitales, amontonados con el sudor de sus frentes, los cuales ascendían á veinte mil francos, y compraron á la señora Guenéé la célebre *Hermana de familia* que era una de las mejores tiendas de venta al por menor de mercería. La hermana se ocupó de la caja, del mostrador y de las cuentas, y el hermano fué á la vez el amo y el primer dependiente, como Silvia fué algún tiempo su propia primera oficiala. En 1821, después de cinco años de explotación, la competencia llegó á ser tan grande en la mercería, que el hermano y la hermana pudieron apenas cumplir sus compromisos y sostener su antigua reputación. Aunque Silvia Rogrón no tuviese á la sazón más que cuatro años, su fealdad, sus constantes trabajos y un cierto aire ceñudo que le daba la disposición de sus facciones, hacían representar cincuenta. A los treinta y ocho años Jerónimo Dionisio Rogrón ofrecía la figura más estúpida que jamás mostrador alguno haya podido presentar á los compradores. Su frente, aplastada y deprimida por la fatiga, estaba hendida por tres áridos surcos. Sus cabellos grises y cortados al rape, expresaban la indefinible estupidez de los animales de sangre fría. La mirada de sus ojos azulados no despedía brillo ni denotaba pensamiento alguno. Su cara redonda y aplastada no excitaba simpatía alguna, atraía tampoco la risa á los labios de aquellos que se tregan al examen de las variedades del parisense: aquella cara entristecía. Finalmente, si era, como su padre, gordito y pequeño, sus formas, desprovistas de la brutal gordura del posadero, acusaban en los menores detalles una humildad ridícula. La coloración excesiva de su padre estaba reemplazada en él por la insípida lividez propia de las gentes que viven en las trastiendas desprovistas de aire en los pupitres enrejados, llamados cajas, arrollando y enrollando siempre hilo, pagando y recibiendo, hosti-

gando á los dependientes ó repitiendo las mismas cosas á los parroquianos. El escaso talento de los dos hermanos había sido absorbido enteramente por el manejo de su comercio, por el debe y haber y por el conocimiento de las leyes especiales y de las costumbres de la plaza de París. El hilo, las agujas, las cintas, los alfileres, los objetos de sastre, finalmente, la inmensa cantidad de artículos que componen la mercería parisiense, habían absorbido sus memorias. Las cartas de demanda y respuesta, las facturas y los inventarios habían agotado todas sus capacidades. Fuera de su negocio, no sabían absolutamente nada y hasta desconocieron París. Para ellos, París era un montón de casas que se extendían en torno de la calle de Saint-Denis. Su carácter mezquino había tenido por campo su tienda, y sólo sabían molestar admirablemente á sus dependientes y sacarles faltas. Su dicha consistía en ver todas las manos agitadas como patas de ratón sobre los mostradores manejando las mercancías ú ocupadas en recoger los artículos. Cuando oían siete ú ocho voces de dependientas y dependientes desembuchando las frases sacramentales con que estos responden á las observaciones de los compradores, el día había sido bueno, el tiempo estaba hermoso. Cuando el azul del éter animaba á París y los parisienses se paseaban sin ocuparse para nada de lo comprar, el imbécil amo decía: —¡Mal tiempo para la venta!

La gran ciencia que hacía á Rogrón objeto de la admiración de los aprendices era el arte de atar y desatar, enarreglar y confeccionar un paquete. Rogrón podía hacer un paquete y mirar al propio tiempo lo que pasaba en la calle ó vigilar su almacén en toda su profundidad, y lo había visto ya todo cuando presentándosele á la parroquiiana, le decía: —Aquí tiene usted, señora; ¿necesita algo más? Sin su hermana, este cretino se hubiese visto arruinado. Pero Silvia tenía buen sentido y genio comercial; dirigía su hermano en sus compras en las fábricas y lo enviaba sin piedad hasta los confines de Francia, á fin de encon-

trar cinco céntimos de beneficio en un artículo. La astucia que en mayor ó en menor escala posee toda mujer, estando en Silvia al servicio de su corazón, la había empleado en el negocio. ¡Una letra que pagar! este pensamiento era el pistón que hacía funcionar aquella máquina comunicándole una actividad espantosa: Rogrón había quedado reducido á un primer dependiente, no comprendía el conjunto de los negocios, y el interés personal, que es el mayor vehículo del espíritu, no le había hecho dar un paso. Muchas veces Jerónimo quedaba con la boca abierta cuando su hermana le ordenaba que vendiese un artículo con pérdida, previendo el fin de su moda, y más tarde admiraba estúpidamente á su hermana Silvia. Aquel hombre no razonaba bien ni mal: era incapaz de todo razonamiento; pero tenía el buen sentido de subordinarse á su hermana, haciéndose la siguiente consideración, completamente extraña al comercio:

—Es mi hermana mayor.

Una vida constantemente solitaria, reducida á la satisfacción de las necesidades, desprovista de dinero y de placeres durante la juventud, explicaría á los fisiólogos y á los pensadores la estúpida expresión de aquella cansancio y la debilidad de cerebro y la necia actitud de este momento.

Su hermana le había impedido constantemente casarse, temiendo, sin duda, perder su influencia en la casa y viendo una causa de gasto y de ruina en una mujer infaliblemente más joven y, sin duda alguna, menos fea que ella.

La estupidez tiene dos maneras de ser: ó se calla ó habla. La estupidez muda es soportable; pero la estúpida de Rogrón era charlatana. Este tendero había tomado el costumbre de refírsele á sus dependientes, de explicarles las minuciosidades del comercio de mercadería al por menor, adornándolas con tontas bromas y juegos de palabras que constituyen la charla de las tiendas. Rogrón, escuchado á la fuerza por su pequeño mundo doméstico, Rogrón contento de sí mismo, había acabado por crearse una fraseología propia. Aquel charlatán se creía orador.

necesidad de explicar á los parroquianos lo que quieren, de sondar sus deseos y de darles ganas de lo que no quieren, desata la lengua del tendero. El comerciante al por menor acaba por tener la facultad de espetar frases cuyas palabras no encierran ninguna idea, y tienen, sin embargo, éxito. Finalmente, explica á los comerciantes ambulantes procedimientos poco conocidos; de aquí le proviene esa especie de superioridad momentánea que tiene sobre su parroquia; pero una vez salido de las mil y una explicaciones que necesitan sus mil y un artículos, es, intelectualmente considerado, como un pez puesto sobre paja al sol.

Rogrón y Silvia, esas dos máquinas subrepticamente bautizadas, no tenían en germen ni en acción los sentimientos que dan al corazón vida propia; así es que aquellas dos naturalezas eran excesivamente estoposas y secas, endurecidas por el trabajo, por las privaciones y por el recuerdo de sus dolores durante un largo y rudo aprendizaje. Ni uno ni otro se compadecían de ninguna desgracia, y eran, no ya implacables, sino intratables respecto de las gentes que se encontraban apuradas. Para ellos, la virtud, el honor, la lealtad, todos los sentimientos humanos, consistían en pagar puntualmente sus letras. Quisquillosos, desalmados y sórdidamente económicos, el hermano y la hermana gozaban de una horrible reputación en el comercio de la calle de Saint-Denis. Sin sus relaciones con Provins, adonde iban tres veces al año en la época en que podían cerrar sus tiendas por espacio de dos ó tres días, no hubiesen podido encontrar dependientes ni dependientes. Pero el padre Rogrón encaminaba á casa de sus hijos todos los desgraciados que se dedicaban al comercio, y hacia en Provins el trato de aprendices y aprendizas, alabando por vanidad la fortuna de sus hijos. Cebado con la perspectiva de saber que su hijo ó su hija sería bien inscrito y vigilado, y por la probabilidad de verles suceder algún día á los *hijos Rogrón*, todo el mundo enviaba al hijo que le estorbaba en casa al comercio dirigido por aquellos dos solterones. Pero tan pronto el aprendiz ó la aprendiz, que pagaban cien escudos de pensión, encon-

traban algún medio de dejar aquella galera, huían de ella con una alegría acrecentada por la terrible celebridad de los Rogrón. Mas el infatigable posadero siempre les enviaba nuevas víctimas. Desde la edad de quince años Silvia Rogrón, acostumbrada á caracterizarse para la venta, tenía dos caras: la fisonomía amable de la vendedora y la fisonomía característica de las solteras aveladas. Una vez su fisonomía adquirida, gozaba de una mímica maravillosa; en ella todo sonreía; y su voz, que se volvía dulce y melosa, comunicaba un encanto comercial á la parroquia. Su verdadera cara era la que apareció entre las dos persianas entreabiertas, y hubiese hecho huir á más determinado de los cosacos de 1815, los cuales gustaban, sin embargo, de toda especie de francesas.

Cuando la carta de los Lorrain llegó á poder de los Rogrón, éstos, que estaban de luto por su padre, habían heredado la casa robada casi á la abuela de Petrilla, algunas tierras adquiridas por el antiguo posadero, y, finalmente, ciertos capitales provenientes de préstamos usurarios con hipoteca sobre bienes adquiridos por aldeanos quienes el anciano beodo esperaba expropiar. Su inventario anual acababa de ser terminado. Las mercancías todas de la *Hermana de familia* estaban pagadas. Los Rogrón poseían unos sesenta mil francos en artículos en almacén, unos cuarenta mil en caja ó en cartera y el valor de sesenta tierras. Sentados en sendas banquetas de terciopelo de Utrech verde rayado colocadas en un compartimiento cuadrado tras el mostrador, el hermano y la hermana consultaban sus mutuas intenciones. Todo comerciante aspira á ser señor. Realizando sus mercancías, el hermano y la hermana debían tener unos ciento cincuenta mil francos, sin contar la herencia paterna. Colocando en el papel del Estado su capital disponible, ambos tendrían tres ó cuatro mil francos de renta, aun destinando á la restauración de la casa de su padre el valor de sus mercancías, que les serían, sin duda, pagadas á plazos. Aquellos dos solterones podían, pues, ir á vivir juntos á Provins en una casa propia. Su primera dependienta era hija

de un rico cortijero de Donnemarie, cargado con nueve hijos, á los cuales se había visto obligado á dar una profesión, toda vez que su fortuna, dividida en nueve partes, era poca cosa para tanta gente. En cinco años, este cortijero había visto morir á siete de sus hijos, y esta primera dependienta se había convertido en un ser tan interesante, que Rogrón había intentado inútilmente casarse con ella, pues esta señorita sentía por su amo una aversión tal, que desconcertaba toda maniobra. Por otra parte, la señorita Silvia se prestaba poco á aquel deseo; es más, se oponía al casamiento de su hermano, quería hacer heredera de la tienda á aquella joven tan astuta, y aplazaba el matrimonio de Rogrón para después del establecimiento en Provins.

Nadie, de los múltiples transeuntes que los contemplan, puede comprender el móvil de las existencias criptógrafas de ciertos tenderos; los mira uno, y se pregunta: «¿De qué, por qué viven? ¿qué va á ser de ellos? ¿de dónde vienen?» y acaba cualquiera por perderse en insignificancias deseando explicárselas. Para descubrir la poca poesía que germina en esas cabezas y vivifica esas existencias, es necesario cavarlas; pero no tarda uno en encontrar la toba sobre que descansa todo. El tendero parisiense se alimenta de una esperanza, más ó menos realizable, sin la cual perecería evidentemente: este sueña con construir ó administrar un teatro; aquel aspira á los honores de la alcaldía; tal otro tiene una casa de campo á tres leguas de París y un titulado parque donde planta estatuas de yeso pintado, donde coloca surtidores de agua y donde gasta sumas enormes; el de más allá sueña con el mando superior de la guardia nacional. Provins, ese paraíso terrestre, excitaba en los dos merceros el fanatismo que todas las villas bonitas de Francia inspiran á sus habitantes. Sin embargo, digámoslo para gloria de Champaña: aquel amor era legítimo. Provins, que es una de las villas más encantadoras de Francia, rivaliza con el Frangistan en el valle de Cachemira; pues no sólo contiene la poesía de Saadi, que es el Homero de Persia, sino que ofrece,

además, virtudes farmacéuticas á la ciencia médica. Unos cruzados llevaron las rosas del Jericó á aquel delicioso valle, donde, por casualidad, adquirieron nuevas cualidades, sin perder por eso nada de sus colores. Provins no solamente la perla francesa, sino que podía ser, además, Bade, Aix, Bath: ¡tiene unas aguas! He aquí el paisaje visto de año en año y que, de cuando en cuando, se aparecía á los dos merceros en el fangoso arroyo de la calle de Saint-Denis.

Después de haber atravesado las grises llanuras que encuentran entre el Ferté-Gaucher y Provins, verdaderamente desierto, aunque productivo, pues es un desierto de trigo, llegáis á una colina. De pronto, veis á vuestros pies una villa regada por dos ríos: en la parte baja de la roca se extiende un verde valle lleno de encantadoras líneas y fugitivos horizontes. Si venís de París, pasáis de largo por Provins, y tomáis aquella eterna carretera de Francia que pasa por la parte baja de la colina cortándola, y que está provista de su ciego y de sus mendigos, los cuales acompañan con sus lastimeras voces cuando os disponéis á examinar aquel inesperado y pintoresco país. Si venís de Troyes, entráis por la llanura, y el castillo, la villa y sus antiguas murallas se extienden sobre la colina. La villa nueva está instalada en la parte baja. Existe, en el alto y el bajo Provins: primero una villa aérea, con calles cortas, de hermosas vistas, rodeada de caminos escabrosos, surcados por torrenteras, lindados por nogales y que acribillan con sus vastos surcos la arista de la colina; villa silenciosa, limpia, solemne, dominada por las ruinas imponentes del castillo; después, una villa con molinos, regada por el Voulzie y el Durtain, dos ríos Brie, pequeños, apacibles y profundos; una villa de negocios, de comercio, de burgueses retirados, surcada por diligencias, por las calesas y por toda clase de transportes. Estas dos villas, ó esta villa con sus recuerdos históricos, ricos, la melancolía de sus ruinas, la alegría de sus caminos deliciosos llenos de enmarañados setos y flores y su río circundado de jardines, excita de tal

el amor de sus hijos, que éstos se conducen como los auvernianos, los saboyanos y los franceses: si salen de Provins para ir á buscar fortuna, vuelven indefectiblemente. El dicho: *Morir en su guarida*, hecho para los conejos y las gentes fieles, parece ser la divisa de los hijos de Provins.

Así se concibe que los dos hermanos no pensasen más que en su querido Provins. Vendiendo hilo, el hermano creía ver la villa alta. Amontonando papeles cargados de botones, contemplaba el valle. Enrollando y desenrollando hiladillo, seguía el curso brillante de los ríos. Mirando sus estantes, remontaba los caminos escabrosos donde antaño huía de la cólera paterna para ir allí á comer nueces y moras. Pero lo que ocupaba, sobre todo, su mente era la plazuela de Provins: Jerónimo soñaba en embellecer su casa, imaginaba la fachada que quería construir en ella, los cuartos, el salón, la sala de billar, el comedor y la huerta, una parte de la cual pensaba destinar á jardín inglés con grutas, surtidores, estatuas, etc. Los cuartos donde dormían el hermano y la hermana en el segundo piso de la casa, con tres balcones y de seis pisos, alta y amarilla como hay tantas en la calle de Saint-Denis, no encerraban más mueblaje que el estrictamente necesario; pero nadie en París poseía muebles tan ricos como los de este mercero. Cuando iba por la villa, quedaba en actitud tímida contemplando los hermosos muebles expuestos y examinando alfombras y tapices que no tardaban en llenar su casa, pues, al volver, solía decir á su hermana:

—He visto en tal tienda tal mueble de salón que nos vendría muy bien. Y lo compraba, y al día siguiente compraba otro, y así siempre. Jerónimo devolvía durante el mes corriente los muebles del mes pasado. El presupuesto no hubiera padecido sus reparaciones arquitectónicas: él lo quería todo y siempre. Jerónimo siempre la preferencia á las últimas invenciones. Cuando contemplaba los balcones de las casas recientes y estudiaba los tímidos ensayos de su ornamentación exterior, trasladaba con la mente á su casa

las molduras, las esculturas y los dibujos, diciéndose: —¡Ah! ¡estas bellezas estarían en Provins mucho mejor que aquí!

Cuando roía su almuerzo en el umbral de su puerta adosado al escaparate y con la mirada extraviada, el mercero veía una casa fantástica dorada por el sol de su sueño y se paseaba ya por su jardín, oía en él su surtidor de agua que caía en forma de brillantes perlas, jugaba al billar y plantaba flores. Si la hermana estaba con la pluma en la mano reflexionando y olvidándose de reñir á sus dependientes, es porque se creía recibiendo á los señores de Provins y se contemplaba adornada con hermosos vestidos en los espejos de su salón. Los dos hermanos empezaron á encontrar malsana la calle de Saint-Denis, y el olor del mercado les hacía desear el perfume de las rosas de Provins. Aquellos solterones sentían á la vez una nostalgia y una monomanía contrariadas por la necesidad de vender sus últimas madejas de hilo, sus carretes de seda y sus botones. La tierra prometida del valle de Provins atraía tanto más á estos hebreos, cuanto que habían sufrido realmente durante mucho tiempo y habían aborrecido jadeantes los desiertos arenosos de la mercería.

La carta de los Lorrain llegó en medio de una meditación inspirada por este hermoso porvenir. Los merceros apenas conocían á su prima Petrilla Lorrain. El asunto de la herencia Auffray, tratado hacía tiempo por el anciano posadero, había sido ventilado durante la época del establecimiento de sus dos hijos, y Rogrón hablaba muy poco de sus capitales. Enviados muy jóvenes á París, el hermano y la hermana apenas se acordaban de su tía Lorrain; que necesitaron una hora de discusiones genealógicas para remontarse á su tía, hija del segundo matrimonio del abuelo Auffray, y hermana consanguínea de su madre, llegando así á reconocer á la madre de la señora Lorrain en la señora Neraud, muerta de pesar. Entonces juzgaron que el segundo matrimonio de su abuelo había sido una cosa funesta para ellos, toda vez que dió por resultado la partición de la herencia Auffray entre los hijos habidos

los dos matrimonios. Por otra parte, recordaban aún algunas recriminaciones de su padre, que se había mostrado siempre bromista y posadero. Los dos merceros examinaron la carta de los Lorrain á través de estos recuerdos poco favorables para la causa de Petrilla. Encargarse de una huérfana, de una joven, de una prima que, sin embargo de todo, sería su heredera en el caso de que ninguno de los dos llegasen á casarse, ofrecía en verdad materia de discusión. La cuestión fué estudiada desde todos sus puntos de vista. En primer lugar, no habían visto nunca á Petrilla; después, sería un fastidio tener que guardar á una joven. ¿No adquirirían obligaciones con ella? si no les convenía, no podrían despedirla; y, finalmente, ¿no sería preciso casarla? Y si Rogrón encontraba alguna proporción entre las herederas de Provins, ¿no era preferible guardar toda la fortuna para sus hijos? Según Silvia, una buena proporción para su hermano significaba una joven estúpida, fea y rica que se dejase gobernar por ella. Los dos tenderos se decidieron á negarse. Silvia se encargó de la respuesta. La marcha de los negocios fué bastante considerable para retardar esta carta, que no parecía urgente, y en la que la solterona no pensó ya desde que su primera dependienta consintió en tratar del traspaso de la *Hermana de familia*. Silvia Rogrón y su hermano partieron para Provins cuatro años antes del día en que la llegada de Brigaut iba á comunicar tanto interés á la vida de Petrilla. Pero el proceder de estas dos personas en provincias exige una explicación tan necesaria como la de su estancia en París, y es que Provins no debía de ser menos funesto á Petrilla que los antecedentes comerciales de sus primos.

Cuando un pequeño negociante llegado de provincias á París, vuelve de París á provincias, se lleva siempre consigo algunas ideas, que acaba por perder con los hábitos de la vida de provincias en que se sume y en la que sus veleidades de renovación se agotan. De aquí esos cambios lentos y sucesivos con que París logra borrar la superficie de las villas departamentales, y que señalan esencialmente